

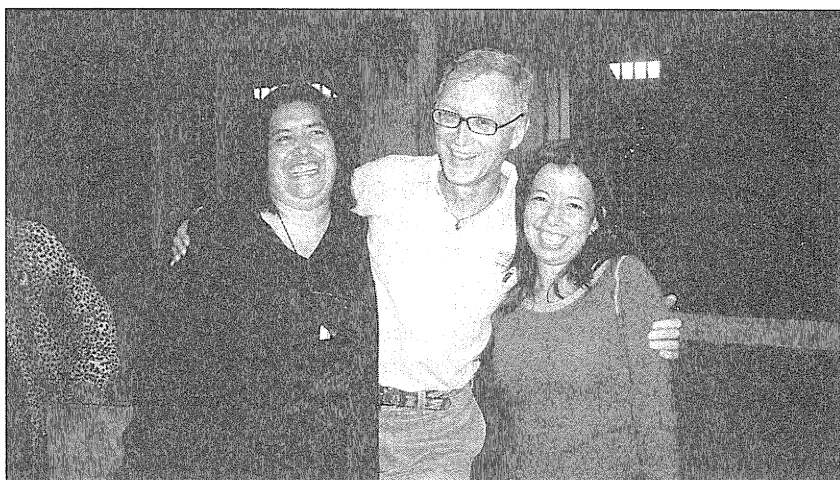
Dean Brackley, tres años de su partida

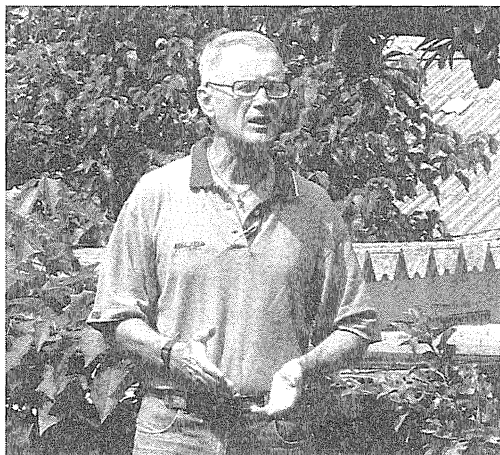
Mayra Herrera

El 16 de octubre conmemoraremos el III aniversario de su encuentro con Dios. Lo recuerdo como un hermano -casi tío, por la edad-, un sacerdote como pocos y un amigo.

Estaba muy orgulloso de ser salvadoreño, pero más se alegraba de que un niño lo considerara su amigo. Él era feliz con su gente de Jayaque, Las Palmas, sus feligreses de la UCA -con quienes instituyó las "pupusas parroquiales"-, sus becarios, sus compañeros, los empleados de la Unidad de Mantenimiento... Pero también lo vi enojado cuando descubría que alguien cometía injusticia en ellos. Siempre quiso que todos fuéramos, y nos sintiéramos, hermanos.

El padre Dean vino a El Salvador como voluntario, luego que la comunidad jesuita de la UCA había sido asesinada en noviembre de 1989. Vino, porque creyó en lo que defendían sus hermanos; vino,





“Cuando él murió nos quedamos con ese vacío. Nos faltan más sacerdotes que den ejemplo. Más sacerdotes cercanos a los de abajo”.

porque sintió en su corazón el llamado de servir y acompañar a los pobres, a los indefensos. Para él era un honor ser parte de la nueva comunidad jesuita que resurgía en la UCA, porque desde aquí, en una tierra martirial, podría seguir los pasos de Jesús.

Y es así que trabajó muy de cerca con las comunidades de Jayaque y Las Palmas, lugares dónde vio la necesidad de ayudar a que los jóvenes tuvieran acceso a estudios universitarios. Solo la educación podría cambiar al país, que ricos y pobres pudieran recibir la misma calidad de conocimientos; que la UCA abriera ese espacio a los jóvenes de escasos recursos para que pudieran ser parte de ella. “La UCA es una universidad de inspiración cristiana, puesta al servicio del pueblo salvadoreño y centroamericano, y comprometida con el cambio social. Cambio que debe impulsarse universitariamente a través de la investigación, la docencia y la proyección social. El punto de partida de la UCA es la realidad nacional, que mantiene en sus dinámicas culturales y socioeconómicas graves injusticias estructurales. La Universidad aspira, por tanto, a una transformación social del país y quiere contribuir al cambio desde su propia identidad universitaria...” (Misión de la UCA). No me queda duda que esta es la línea que seguía el padre.

Creo que esta inspiración dio origen a su famosa palabra “mendingar”, que por su español no podía pronunciar la palabra mendigar, igual significaba “pedir pisto” para ayudar a otros. Escribía, daba conferencias nacionales e internacionales, atendía a delegaciones en el Centro Monseñor Romero y al final, un pequeño

anuncio: “hay unos jóvenes con deseos de estudiar...”. El Programa de becas “mártires de la UCA”, su hijo amado, sintió la crisis económica y las donaciones eran cada vez menores; el año en que enfermó, antes de reconocer su padecimiento, tenía programado un viaje a España, ¡su primer viaje a España! Le ilusionaba la idea de compartir su proyecto con los europeos, claro, cuando terminara su conferencia que era el “objetivo principal” del viaje.

El padre Tojeira compartió a los jóvenes becarios una pequeña anécdota de la transparencia humana del padre Dean. Un día, regresó el padre Dean de un viaje a los Estados Unidos y le habían dado un “dinerito” por haber dado clases por un semestre. En ese entonces el padre Chema era el superior de la comunidad y el padre Dean le entrega el cheque completo diciéndole: “Chema, me dieron esto por las clases. Solo te quería pedir -con tono de mucha humildad- si fuera posible, tú dime si es posible, si pudieras darme un poco para las becas”. El padre Chema nos compartió que en ese momento pensó: “cómo me está pidiendo si se lo han dado a él. Él podía habérselo quedado”, pero entendía que el padre Dean lo hacía por transparencia y respeto a su superior. Al preguntarle el padre Chema que cuánto necesitaba, el padre Dean, con un poco de timidez le dijo una cifra cerca del 5%. El padre Chema lo recuerda con mucha simpatía y le dijo: “Por supuesto Dean, lo que quieras”. Y él le dio un 15%.

El padre Dean era el ejemplo de la “solidaridad encarnada”. Al verlo podíamos sentir la humildad que había en su corazón, el orgullo de ser hermano de los mártires de la UCA, y sin que hiciéramos ni un solo esfuerzo, ya nos había impregnado su paz interior.

Al trabajo venía casi uniformado. Creo que tendría unas tres o cuatro camisas y un par de pantalones, sin olvidar su atuendo deportivo: su short negro, camisa blanca y tenis. Cuando le regalaban ropa, él la regalaba porque ya tenía lo necesario. ¡Cuánto debo aprender todavía!

Lo de salir a correr después de la seis de la tarde era por “obediencia al provincial”. Una noche, cuando regresaba del Poliderpotivo y yo seguía en la oficina, me llegó a visitar con su short y una camisa de vestir blanca. Me saludó y me dijo: “Lo sé. Mi padre (su papá) me hubiera regañado por no cambiarme la camisa. Pero el Provincial me dijo: “ve a correr”, es que dice que debo botar la energía antes de llegar a la casa”. Y se puso a reír. Me preguntó si

ya había cenado y luego me trajo un sandwich de atún hecho con sus manos. Nunca antes se me hubiera cruzado por la cabeza que un sacerdote me iba a servir comida. Estas cosas, a uno, lo sacuden.

Cuando él murió nos quedamos con ese vacío. Nos faltan más sacerdotes que den ejemplo. Más sacerdotes cercanos a los de abajo, cercanos a nosotros los empleados, para que puedan conocer de cerca la realidad que nos acompaña cada día. El papa Francisco nos anima, pero él está muy lejos. Necesitamos más personas como el padre Dean en nuestro país.

Al acercamos a la conmemoración del XXV aniversario de los mártires de la UCA pienso en el padre Dean. ¿Qué nos diría? ¿Qué pensaría de la UCA, hoy? ¿Cómo nos animaría a seguir adelante en este país que se vuelve más violento cada día? No sé, pero puedo asegurar que seguiría trabajando con la misma energía y entrega en beneficio de los más necesitados.

Testimonios



Gracias Dios por haber mandado un hombre de valentía a nuestro querido El Salvador con un corazón generoso. Padre Dean se que tú veías el rostro de Cristo en cada persona necesitada. Eres mi inspiración en mi carrera como enfermera sirviendo a cada ser que necesita de mis cuidados. Veré el rostro de Cristo en cada paciente y ser humano que yo pueda ayudar.

María Celsa Gómez

Yo, la mamá de Saira me siento agradecida por la ayuda que dieron a mi hija porque gracias a eso, ella salió adelante. Mis fuerzas eran débiles y no podía darle esos estudios a mi hija. Gracias a él (P. Dean) mi hija pudo salir adelante y lograr sus metas. Por siempre agradecida:

Morena Barrera.

La referencia: Centro Monseñor Romero, Carta a las iglesias, Año XXXIII, N° 653 del 1-30 de septiembre de 2014.